

LUJO.

Pro eo quod elevata su filie Sion... auferet Dominus torques, et monilia, et annulos et gemmas in fronte pendentes.

Por cuanto se han empinado las hijas de Sion, les quitará el Señor los collares de perlas, los joyeles, los anillos y las piedras preciosas que cuelgan sobre la frente.

(ISAÍ. III. 16.)

El abuso en el traje y en los adornos ha llegado á su colmo en nuestros dias en que tan arraigada está la sensualidad. ¡ A cuántos gastos supérfluos arrastra la loca pasion del lujo y de las modas ! ¡ cuántas bajezas, cuántas injusticias, cuántos desórdenes se cometen para atender á esos gastos altamente vanos ! La superfluidad en el vestido es ciertamente una vanidad pueril ; pero, es vanidad de moda. Esto basta para que se desprecie la moral cristiana, que clama contra el excesivo lujo. Algunas personas no se atreven á presentarse en público sin ostentacion ; y apenas bastan las rentas, los empleos ni los negocios de algunos maridos para mantener el fausto de ciertas mujeres. Los templos y los altares como dice la Sagrada Escritura, no están tan ricamente adornados como esos animados ídolos de la vanidad mundana ; y este fausto irreligioso excita la ira del Señor, y, tarde ó temprano, acarrea á las familias funestos reveses que convierten las galas en melancólico luto. Escuchad la severa invectiva que el profeta Isaías dirige contra este desórden, y el rigor con que Dios le castiga. Las hijas de Sion, dice, se han encumbrado ; preséntanse bizarras y altivas con la cabeza erguida, ostentando soberbia y presuncion en todos sus movimientos ; sus gestos, su modo de vestir y el mal disimulado estudio de su adorno, todo va mostrando y publicando su orgullo y su altivez ; pero, presto las hará ver el Señor, cuánto detesta su fausto y aparato. Atended, mujeres profanas, continúa el Profeta, al rigor con que Dios ha de castigar vuestro orgullo. *Decalvabit Dominus verticem filiarum Sion.* Os quitará esos cabellos peinados con tanto esmero y con tanta prolijidad. Os arrancará esos preciosos pendientes, esos collares de perlas, esos ricos brazaletes, esas joyas

de diamantes, esos lazos combinados con tan exquisito gusto, y ese traje pomposo. Sortijas, piedras preciosas, perfumes, espejos, que ahora solo servís para fomentar un espíritu mundano, un fondo de orgullo, una altivez ridícula, una hermosura superficial y ficticia, bien pronto servireis para mostrar la ridiculez de los que se prendan de tan vano como engañoso esplendor ; y despues de haber sido objeto de su vanidad y de sus complacencias, lo sereis de sus lágrimas, de su vergüenza y de su desesperacion.

Para que en vuestro adorno exterior no haya cosa alguna que repugne á nuestra condicion de cristianos, es decir, al conjunto de virtudes que debemos adquirir y practicar, voy á mostraros la verdad de los adornos del cuerpo. No ignoro que se necesita cierta circunspeccion para hablar de esta materia, que tiene relaciones íntimas con la industria, con la diferencia de clases y estados, y aún con el distinto carácter de los tiempos. Tampoco ignoro que los santos Padres y Doctores, aunque han clamado contra el lujo, no han dejado algunos de inculcar la prudencia al calificarle ó condenarle ; por eso me limitaré á demostraros, que los excesos del lujo son impropios de nuestro estado de cristianos, y perjudiciales al bien de la sociedad. Pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. No ignorais, hermanos míos, que el origen de nuestros vestidos está identificado con el pecado, con nuestra miseria y corrupcion. Nuestros primeros padres, miéntras estuvieron en el paraíso terrenal, no tuvieron necesidad alguna de vestidos, y si no hubiesen infringido el precepto que el Señor les habia impuesto, tampoco la tendríamos nosotros ; pues en el estado de inocencia y original justicia, ni las leyes de la honestidad y de la decencia habrian sido necesarias, como no lo son ahora para nuestra frente y para nuestras manos ; ni hubieran sentido nuestros cuerpos los efectos del frio ni del calor. Si, pues, la necesidad de vestirnos está identificada con nuestra degradacion, es natural que entre los cristianos encuentre cierta repugnancia el abuso en los vestidos. Porque ¿ puede haber cosa más impropia que deleitarse en lo que es pena del pecado ? ¿ Hay cosa más ridícula que cifrar en esa pena nuestra gloria, y dedicar al esplendor de esa pena todos nuestros cuidados ? ¿ Qué diriais vosotros de un criminal condenado á llevar al patíbulo el instrumento de sus iniquidades, pendiente del cuello, si le vieseis gastar su fortuna para comprar muchos de dichos instrumentos, y para adornarlos con piedras preciosas ? ¿ No le calificariais de loco ? ¿ No creeriais que, en el hecho de multiplicar y adornar los instrumentos con que cometió sus cri-

menes, los aprueba y hasta hace alarde de ellos? Pues lo propio debemos juzgar de los que multiplican y adornan excesivamente sus vestidos, puesto que los vestidos son la señal de nuestra caída y degradación, mientras andamos por el camino del suplicio y de la muerte á que hemos sido condenados por el pecado. Cuanto más afan pone el hombre en aumentar el número y el valor de sus vestidos, más realza lo que verdaderamente es su infamia, y, por consiguiente, se muestra más pecador, y se manifiesta más corrompido. Cuanto mayores atenciones pone en embellecer su pena, tanta mayor complacencia manifiesta tener en el pecado.

El mundo suele hacer justicia con los que se entregan á un excesivo lujo. Ellos, con sus brillantes adornos, presumen llamar la atención de cuantos los miran, y no bien ha quedado satisfecha la curiosidad de las gentes, cuando se burlan de ellos y los desprecian. Jezabel se habia figurado que adornándose con todo el arte posible agradaría al rey Jehú; y este monarca, al verla cubierta con preciosos adornos, dispuso que la precipitasen desde una ventana. Lo propio suele suceder á las personas que se proponen llamar la atención pública con el excesivo lujo de sus vestidos y adornos. Las lenguas, que nada perdonan, acostumbran arrojar desde la ventana del orgullo al bajo suelo de la humillación á los que se entregan á un excesivo lujo, y especialmente á las mujeres. Unos recuerdan entonces, que la que va haciendo fastuoso alarde de lujo y de vanidad, tiene por acreedor al tal comerciante: otros publican en todas partes que con sus adornos ha logrado por fin, que sus alhajas de más valor hayan ido á parar á una casa de empeños; éstos revelan los atrasos de su familia á causa de aquellas deslumbradoras exterioridades; aquéllos hacen público para conocimiento de todos, que para sostener semejantes apariencias se ven en la precisión de no ser honradas. Justo castigo de Dios, por haber presumido que con la ostentación de sus trajes y adornos agradecerían á los mundanos.

No pretendo, hermanos míos, condenar todos los adornos exteriores; recuerdo bien estas palabras de san Agustín: *Nolo ut de ornamentis præproperam habeas in prohibendo sententiam* (EPIST. AD POSSID.) No quiero proceder de ligero en prohibir los adornos del cuerpo. Diré más, es difícil formar un juicio absoluto para todos los casos que se presentan relativamente á esta materia. A una persona puede serle lícito lo que no es permitido á otra. La mujer casada, por ejemplo, puede usar adornos para agradar á su marido, y apartarle de graves peligros; pero no puede decirse lo propio de la que no tiene varón, ni quiere tenerle. Para conocer cuando hay pecado en los

adornos y vestidos, hay que atender á las circunstancias. Cuando con los adornos se busca la vanagloria, ó el deleite, ó se emplea supérflua solicitud, ó se perjudica á los intereses de la familia, ó de los pobres, ó se ofende la decencia, hay siempre pecado; y será más ó menos grave, según las circunstancias de que el vestido y el modo de presentarse vayan acompañados. Puede suceder que solo se incurra en pecado venial, y quizá alguna vez, ni aún se llegue á eso; como cuando una persona no se adorna por vanidad, ni lastimando ningún interés, sigue la costumbre, por más que esta no sea loable; pero raras veces, ó casi nunca dejará de haber pecado en el exceso del lujo, porque aún los que por su clase ó por la costumbre pudieran, absolutamente hablando, usar los adornos más dispendiosos, es fácil que olviden que mientras ellos cubren su cuerpo con brillantes adornos, algunos pobres Lázaros están medio desnudos á las puertas de sus casas, ó si no lo olvidan, es de presumir que no los socorren como deben. No echen en olvido los hombres acaudalados, que á ningún santo se le pinta con lujosos adornos, y que la ostentación no es el camino del cielo.

Para comprender mejor cuán fácil y peligroso es faltar á la ley de Dios, complaciéndose en el lujo, obsérvese el cuidado que puso el Señor en apartar á su pueblo predilecto de todo cuanto pudiera serle ocasión para fomentar este desorden. La constitución de este pueblo, que Dios presentaba como modelo á los demás pueblos, combatía directamente el lujo; pues las tierras estaban repartidas de suerte, que cada uno tuviese lo necesario, y poco ó nada de supérfluo. Además, estaba terminantemente prohibido todo lo que pudiese conducir al lujo. Las recompensas prometidas á los que observaban religiosamente los preceptos de la ley, consistían en los frutos de la tierra, en la paz, en la fuerza para triunfar de sus enemigos, y en una posteridad numerosa, y no en las superfluidades del lujo. Y cuando este empezó á corromper las costumbres, y dió ocasión á que los reyes impusiesen al pueblo onerosos impuestos, los profetas no cesaron de clamar contra el lujo y contra los vicios que fomenta, y anunciaron á los que se entregaban á estos desórdenes, que vendrían sobre ellos grandes desgracias. No se pueden leer sin estremecimiento los desastres que el profeta Ezequiel vaticina á Tiro y Sidon, porque manifestaban la mayor complacencia en la ostentación y en el lujo. «Oh Tiro, exclama, tú has dicho: mi belleza es extraordinaria! En efecto, los que te edificaron te embellecieron con toda clase de adornos. Las naves todas del mar y sus marineros se empleaban en tu comercio. Los cartagineses surtían tus mercados con gran copia de riquezas. La Grecia, Tubal y Mosos te traían esclavos. El siro traficaba contigo, y

para proveerse de tus muchas manufacturas, presentaba en tus mercados perlas, púrpura, telas bordadas, lino fino, sedería y toda clase, de géneros preciosos. Judá y la tierra de Israel llevaban á tus mercados el mejor trigo, el bálsamo, la miel y la resina. El mercader de Damasco te daba gran número de ricos productos, excelentes vinos, y lanas de extraordinaria blancura. Los de Dedan te vendían las alfombras para tus estrados. Los mercaderes de Sabá y de Reema traían á vender en tus plazas toda especie de aromas los más exquisitos, y piedras preciosas. Tus naves ocupaban el primer lugar en el comercio marítimo; y fuiste populosa y opulentísima en medio de los mares. Pues bien, tus riquezas y tesoros, tus marineros y tus pilotos que estaban encargados de todas tus preciosidades, serán precipitados al abismo del mar en el día de tu ruina. Los marineros prorumpirán en grandes alaridos sobre tí, y en gritos de dolor, y te llorarán en la angustia de corazón con lágrimas amargas. Se pasmarán de tu ruina todos los habitantes de las islas. Los comerciantes de los pueblos silbarán, haciendo burla de tí; serás reducida á la nada, y perecerás para siempre (EZECH. XXVIII.)»

Temed, luego, hermanos míos, los excesos del lujo, pues parece que con ellos se trastorna el orden seguido por Dios al criarnos; como quiera que para la parte más vil de nuestro ser, que es el cuerpo, se reservan los más preciosos adornos, siendo así que el Señor no ha dado al alma, que es nuestra parte más preciosa, otro vestido que nuestra vil carne. Temed los excesos del lujo, porque con ellos se altera también el orden prescrito por Dios; pues al siervo, que es el cuerpo, se le reservan los adornos y honores que solo se deben al Señor, que es el espíritu; y es un gran desorden que la señora sirva, y la sierva domine. Temed los excesos del lujo, pues nos impiden oír la voz de Dios, borran el sentimiento de la justicia, nos hacen insensibles á las desgracias de nuestros semejantes, nos apartan del camino de la virtud, y conducen á segura perdición. Temed los excesos del lujo, porque fomentan el fuego de la vanidad de que son efecto; exaltan vivamente las pasiones; convierten en volcán el amor propio, especialmente el de las mujeres; causan en el ánimo una inquietud que convierte la vida en un perpétuo tedio; y nos apartan de la devoción y del recogimiento. Temed, en fin, los excesos del lujo, porque son la gran red que el demonio tiene extendida en el mundo para coger á las almas; á unas por la gran atención que ponen en ellos, á otras por el disgusto en que viven por no poder entregarse á estos excesos; y á todas porque las impiden ocuparse del negocio más importante, cual es el de la salvación.

Podría añadir otra consideración que es de grave importancia, á saber: que las personas que se proponen ocupar la atención pública con el excesivo lujo de sus adornos y vestidos, rara vez ó casi nunca se enmiendan. En todos los pecados ó excesos en que el amor propio no está directa y públicamente interesado ó comprometido, no es del todo difícil salir de la situación creada á consecuencia de semejantes excesos; pero, cuando el amor propio está muy interesado en que permanezcamos en una situación peligrosa; cuando presume verse ajado si cambia de conducta; cuando teme que la burla y el desprecio serán el premio de su conversión, entónces casi se puede desconfiar de su arrepentimiento. Pues bien, el excesivo lujo afecta tan directa y públicamente el amor propio, que son muy pocos los que abandonan ese vicio, ó si lo hacen, es con despecho é indignación, lo cual equivale á seguir siendo con el deseo lo que no pueden ser en realidad.

2. Ya veis cuántos peligros oponen á nuestra salvación los excesos del lujo; desdoran nuestra propia condición humana, nos perjudican á nosotros mismos, atraen sobre el mundo castigos terribles, nos imposibilitan de cumplir la ley de Dios, alteran el orden providencial, y nos ponen en el camino de la impenitencia. Podría añadir que el exceso del lujo es perjudicial á la prosperidad de los estados. Basta tener un corto conocimiento de la historia para convencerse de que el lujo acabó con las antiguas monarquías; de este modo acabaron los asirios, los persas y los romanos. Los mismos que han hecho la apología del lujo, se han visto en la necesidad de confesar que afemina á los hombres, enerva su valor, pervierte sus ideas, y extingue en ellos los sentimientos de honor y de probidad. Entorpece las artes útiles para fomentar frívolos talentos; obstruye el verdadero manantial de las riquezas despoblando las aldeas, y privando de muchos brazos á la agricultura. Introduce en las fortunas una desigualdad monstruosa, y hace felices á pocos hombres á expensas de muchísimos otros. Los matrimonios son demasiado gravosos por el fausto de las mujeres, y por este medio se multiplica el celibato voluptuoso y libertino; nuevo origen de despoblación. Dando á las riquezas un precio que no tienen, quita toda consideración á la probidad y á la virtud, y reduce la mitad de una nación á servir á la otra mitad, resultando casi los mismos desórdenes que producía la esclavitud de los antiguos. ¿Qué más necesitamos para convencernos de que el lujo es perjudicial á los pueblos?

Procurad, hermanos míos, evitar los excesos del lujo. Los que por su clase deben usar adornos preciosos, imiten á la virtuosa Ester, que

decía á Dios: « Vos sabeis, Señor, que detesto la señal de soberbia y de gloria que llevo en mi cabeza en los dias de ostentacion..., y que jamás ha tenido esta, tu sierva, contento sinó en tí (ESTHER. XIV, 16 ET 18).» Fomentad en vosotros mismos las virtudes, y no empleeis vuestros cuidados en adornar al cuerpo; porque los adornos ha de descomponerlos la polilla, y el cuerpo han de comerlo los gusanos. Preparaos para vestiros de incorrupcion y de inmortalidad; lo demás son ilusiones y delirios. Bien pronto la muerte os despojará sin compasion de todos vuestros adornos, y tendreis que presentaros sin ellos y con sola vuestra conciencia á Dios, para ser juzgados. Quiera el cielo que el juez supremo os halle dignos de la gloria, que os deseo.

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

LUJO.—Es uno de los triunfos más brillantes de la vanidad. Es una de las más rudas contrariedades de la pobreza.

LUJO.—El lujo hace olvidar al hombre que Dios le ha dado vestidos para humillarle.

El lujo hace olvidar al cristiano que debe poner un cuidado especial en revestirse de Jesucristo.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

In vestitu ne glorieris unquam, nec in die honoris tui extollaris. Eccli. XI, 4. No te glories jamás por el traje de distincion que llevas, y no te engrias cuando te veas ensalzado en alto puesto.

Amictus corporis, et risus dentium, et ingressus hominis enuntiant de illo. Idem XIX, 27. La manera de vestir, de reir y de caminar del hombre, dicen lo que él es.

Ecce iste coopertus est auro et argento: et omnis spiritus non est in visceribus ejus. Habac. II, 19. Mira: cubierta está ella de oro y plata; pero dentro no hay espíritu ninguno.

Ornamentum monilium suorum in superbiam posuerunt. Ezech. VII, 20. Las joyas con que se adornaban las convirtieron en pábulo de su soberbia.

Quid existis in desertum videre? ... hominem molibus vestitum? Ecce qui mollibus vestiuntur, in domibus regum sunt. Matth. XI, 8 et 9.

Habentes autem alimenta, et quibus tegamur, his contenti simus. I Tim. VI, 8.

Volo mulieres orare in habitu ornato, cum verecundia, et sobrietate ornantes se, et non in tortis crinibus, aut auro, aut margaritis, vel veste pretiosa. I Tim. II, 9.

Similiter et mulieres, quarum non sit extrinsecus capillatura, aut circumdatio auri, aut indumenti vestimentorum cultus. I Petr. III, 3.

¿Qué es lo que salisteis á ver en el desierto?... ¿á un hombre vestido con lujo y afeminacion? Ya sabeis que los que visten así, en palacios de reyes están.

Teniendo pues que comer, y con que vestirnos, contentémonos con esto.

Quiero que oren las mujeres en traje decente, ataviándose con recato y modestia ó sin superfluidad, y no inmodestamente con los cabellos rizados ó ensortijados, ni con oro, ó con perlas, ó costosos adornos.

Asimismo las mujeres, el adorno de las cuales no ha de ser por de fuera con los rizos del cabello, ni con dijes de oro, ni gala de vestidos:

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Por el vestido se conoce generalmente la conducta de la persona, como dice el Espíritu Santo en el Eclesiástico (CAP. 19): *Amictus corporis annuntiat de eo*. No tuvo necesidad de otras indagaciones el rey Occhzias para conocer que era Elías profeta de Dios, el que ocurrió á sus enviados, intimándoles la muerte próxima de su soberano en pena de haber hecho consultar á los ídolos: *vir pilosus*, dijeron los enviados, *et zona pellicea accinctus renibus* (IV REG. I).

Las mujeres y doncellas, que no quieren persuadirse de los pecados que con sus adornos profanos y lascivos hacen cometer á muchos incautos, pueden leer el capítulo 25 del libro de los Números, y ver el estrago que causaron al pueblo de Israel las mujeres moabitas al presentarse con todos sus adornos. Despues de haberlos hecho prevaricar hasta la idolatría, por efecto de la pasion ardiente con que las amaron, fueron horriblemente castigados por órden de Dios.

Esto no quiere decir que no deban adornarse con sobriedad y segun su estado, cuando lo reclaman la necesidad, la solemnidad, la obediencia, etc.; pero aún en este caso, deben imitar á la virtuosa

Ester, la cual, aunque obligada á adornarse por complacer á su soberano esposo, no obstante siempre reinó en su corazón la más profunda humildad.

El ejemplo de la valerosa Judit es más para admirar, que para imitar. A esta le instaba un llamamiento interior y divino, el amor á su patria, y por lo mismo sus adornos causaron una herida profundísima y una completa derrota á los enemigos de su pueblo; mas los rebuscados adornos de nuestras falsas Judit infieren profundas heridas á muchas almas y al corazón mismo de aquel Dios que las ha redimido.

Apenas el corazón del pecador ha cambiado, también se observa su cambio en el exterior. Véanse los ejemplos de María Magdalena, María Egipcíaca, Agustín y otros. Tanto es verdad que la verdadera humildad recurre luego á los hábitos de penitencia.

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Vestium cultus, aut ambitionem, aut prostitutionem sapit. Tertull. de habitu mulier.

El lujo de los vestidos huele á ambición, ó á prostitución.

Que rerum secularium curam habet, neque virgo, neque honesta est. S. Chrys. Hom. 19 in 2 ad Corinth.

La doncella que vive engolfada en las modas del siglo no puede ser honesta, ni virgen.

Audiant opulenti, et qui luxuriant in vermum operibus, et vestiuntur sericis, discant quomodo ab initio humanam naturam misericors Dominus docuerit. Idem, Hom. 18 in Gen.

Oiganlo los ricos, los que se presumen con su carne corruptible y visten preciosas sederías; aprendan el modo de vestir que el misericordioso Señor enseñó al hombre.

Ornatus et sordes pari modo fugientia sunt; quia alterum delicias, alterum gloriam redollet. S. Hieron. Epist. ad Nepot.

Con igual cuidado hemos de huir del lujo y del desaseo; porque lo primero huele á delicadeza, lo segundo á vanagloria.

Mulier ornata, est domus omnium demonum infernorum. S. Ambros. lib. de Virgin.

La mujer lujosamente ataviada es como una habitación de todos los demonios del infierno.

Hæc artificia (mulierum ornamenta) non pudicitie sunt,

Estos (atavíos mujeriles) no son trazas del pudor, sino de la incon-

sed lascivie ac libidinis. S. Greg. Nazian. in paner. ad Olimp.

Verus ornatus christianorum, mores boni sunt. S. August. Ep. 73.

Mollia vestimenta animi indicant mollitiem; non enim tanto studio curaretur corporis cultus, nisi prius neglect fuisset mens virtutibus exculta. S. Bernard. Apolog. ad Guillerm.

tinencia y de la lascivia.

Los atavíos propios de los cristianos, son las buenas costumbres.

Los vestidos delicados son indicio de un espíritu afeminado: pues no habria tanta solicitud en adornar al cuerpo, si no se hubiese descuidado adornar el alma con las virtudes.

Véase: MODA.

LUJURIA.

Lazarus mortuus est.
Lázaro ha muerto.

(JOANN. XI, 14.)

Paréceme á mí, decia san Vicente Ferrer, paréceme que la mayor parte de los que se condenan, se condenan por el pecado de la lujuria: *Videtur quod magna pars damnatorum sit ex peccato luxuriae.* Desde luego me adhiero al parecer de este gran santo. ¡ Ah! lujuria! lujuria! Tú te has hecho señora de todas las naciones, y todo el universo le tienes rendido á tu señorío y á tu imperio. Tú has inficionado con el vaho corrompido de tu malignidad y hediondez toda la faz de la tierra. Tú tiranizas cruelmente todos los corazones, y la mayor lástima es, que tus esclavos, lejos de conocer la infelicidad de su condición, besan gozosos las cadenas de su misma esclavitud. ¿Qué vino embriaga así las potencias? ¿Qué locura pervierte así el sentido? ¿Qué frenesí trastorna así el juicio? ¿Qué veneno quema así las entrañas? Eres enemigo ciertamente temible, porque haces la guerra con tus mismos halagos; eres Dalila fingida, que burlas los más robustos Sansones; eres serpiente astuta, que engaña las Evas más inocentes;

eres Tamar disfrazada, que haces caer en tus lazos los Judas más respetables; y en fin, con tus astucias, tus promesas, tus lisonjas, tus caricias y toda la armería de tu poder, que es casi irresistible, te has levantado con la monarquía universal, y apenas queda viviente que no quemé incienso en tus aras.

Ardua empresa es, hermanos míos, querer combatir contra todo el mundo, pues todo el mundo es cómplice del mismo delito; pero la justicia de la causa me anima á combatir contra todo el mundo. Son muy funestos los estragos de este mónstruo para que yo los disimule, y ya que no tenga lágrimas para llorar las maldades de los hombres en este punto, á lo ménos tendré ánimo para corregirlas. Clamaré contra la deshonestidad y argüiré la impureza. Un hombre poseído de la pasión torpe, y dominado del vicio vergonzoso, es digno de la mayor lástima y merece compasión: es más miserable que el Hijo pródigo, que el Ciego de nacimiento, que el Paralítico de la piscina y que cuantos Sordos, mudos, tullidos y desgraciados refiere el Evangelio. Solamente Lázaro, que yace en el sepulcro atado de pies y manos, sin esperanza de vida y cubierto con los horrores de la muerte, me da una imagen expresiva de su infelicidad y desdicha. Sí, Lázaro, aquel hermano de Marta y de María, aquel amigo del Salvador y uno de sus nuevos y verdaderos discípulos, aquel jóven de grandes esperanzas, tan robusto, tan sano, tan vigoroso, de una complexion y temperamento envidiable, y há cuatro dias que murió: *Lazarus mortuus est*. Ya es un cuerpo frio, un rostro desfigurado, un cadáver hediondo, en términos que hay que huir de él por el hedor. Empezó por una enfermedad de poca cuenta; se agravó y descendió al sepulcro; y despues de todo esto se corrompió su cuerpo, y no era posible sufrir el mal olor que arrojaba. ¿Cómo hubiera resucitado este hombre, si Jesucristo no le hubiese dado aquel grito poderoso: Lázaro, sal fuera? Figura vivísima de un hombre impuro y lascivo, á tal extremo le conduce por los mismos pasos su lascivia y su impureza, y no es posible que salga de la profundidad de este abismo sin un esfuerzo especialísimo de la gracia. Enferma de esta pasión, se aletarga en este vicio y, por último, despide una hediondez intolerable. Principios de la lujuria, progresos de la lujuria, fin y paradero de la lujuria, tres breves reflexiones que harán la particion del discurso. A. M.

1. Donde quiera hay lazos armados contra la castidad. El demonio continuamente sugiere, las especies torpes ocurren, los objetos incitan, las ocasiones convidan, la imaginacion se ceba, la voluntad se inclina, el corazón se ablanda, la carne flaquea, y el espíritu está

siempre á punto de rendirse. Un hombre que se mantiene firme á estas fuertes baterías, ¡qué feliz! Es digno de corona inmortal. Un hombre que se deja vencer de estos engañosos halagos, ¡qué miserable! Se cubre de confusion y de ignominia. No me digais nada, hermanos míos, que es grande mi sentimiento cuando considero que alguno de mis prójimos ha quedado herido de este mortal veneno: en otras enfermedades del alma no me atreveré á hacer pronósticos infaustos: en ésta, desde luego echo el fallo de la total ruina del sugeto. Si has caído en algunos pecados de lujuria, si te has dejado llevar algunas veces del deleite sensual; para mí ya eres perdido; ya casi desconfío de tu salud; tu indisposicion parecerá lijera; pero ya verás cómo te postra en el lecho de la muerte y te acaba la vida. Deja la acción impura allá dentro en el corazón una raíz emponzoñada, que no puede producir sino frutos apesados; y los produce en efecto. El gusto que se experimentó en lo pasado, solicita de presente, y solicita con más fuerza, ya porque la memoria aviva el apetito, ya porque hay ménos que vencer de parte del que resiste. La vergüenza se perdió en las primeras caídas; y si quedó alguna, quedó muy disminuida: el temor de Dios ya no hace tanta impresion; pues, viendo que no castigó los primeros delitos, se presume que tampoco castigará los segundos, ó, por decirlo mejor, ya no se mira á Dios por la parte de su justicia, se le mira solo por la de la misericordia, de la que se abusa torpemente. El pecado ya no parece tan feo como ántes de cometerse: entónces se miraba como ultraje injurioso de la divinidad: ahora se considera como natural defecto de la humana flaqueza. Con estas razones sofisticas y falaces, se hace fuerte el lascivo contra sí mismo, acalla los gritos de la conciencia importuna, y gusta de engolfarse en un piélago sin fondo, donde es forzoso quedar sumergido y anegado.

Apelo á la experiencia diaria de infinitos pecadores que lo son en la impureza. Hable el voluptuoso por sí mismo, y él nos dirá ingenuamente lo que pasa en su interior. Antes de rendirse á la pasión deshonestá, miraba este vicio con aversion y con horror; temblaba de cualquier especie que pudiera manchar su cuerpo y alma; la castidad le era amable y sus actos facilísimos; las palabras torpes ofendian sus oídos; huía de conversaciones libres como de una peste y un contagio; no le halagaba el atractivo del otro sexo, ó no miraba de industria su belleza, porque el corazón estaba sano; pero, luego que el gusano de la impureza picó su raíz y le corrompió, ved ahí un trastorno fatal en todas las potencias del alma, en toda la máquina del hombre espiritualmente entendida. ¿En dónde está ya aquella modestia, aquella honestidad que tanto le hermoseaban y con que contenía